

ENCUENTRO EN EL UNIVERSO.

*“Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra,
porque has mostrado a los sencillos
las cosas que escondiste a los sabios y entendidos.”*

Jesucristo.

Hace varios años, las sondas espaciales Spirit y Opportunity se posaron exitosamente en la superficie de “el planeta rojo”. Las primeras imágenes transmitidas y difundidas por la NASA resultaron, a todas luces, simplemente, espectaculares. La misión de las sondas: detectar la factibilidad de que hubiere algún rastro de vida en la historia del planeta Marte.

En el pasado Siglo XX, el laureado astrofísico George Smoot detectó y registró ligeras pero persistentes fluctuaciones en la radiación de fondo del universo. Las presentó como los débiles ecos del supuesto Big-Bang con que, probablemente, se dio inicio a la expansión del “cosmos”. Interrogado por la prensa especializada, dijo a los reporteros: *“Si ustedes fueren religiosos, Esto sería como ver a Dios.”*

La ocurrencia en sí no es nueva. Hace ya cierto tiempo Erwing Schrodinger pionero de la física cuántica, sorprendió a muchos ilustrados lectores con su libro *“Qué es la Vida?”*. Algo similar sucedió posteriormente con el Premio Nóbel de Física Leon Lederman y su Best seller *“La Partícula Dios”*. Lo mismo pasaría con los clásicos textos *“Complejidad”* de Mitchell Waldrop y *“Vida Artificial”* de Steven Levy.

Por un reportaje de la revista TIME nos enteramos de que el famoso físico Charles Bennet, quien es conocido por su intento de reinterpretación de la 2da. Ley de la Termodinámica, se encontraba al frente de un equipo del Centro de Investigaciones de la IBM, trabajando *“sobre la energía y el origen de la vida”*, intentando encontrar una ley que, en sus palabras, *“substituiría el papel formalmente asignado a Dios”*.

Los ejemplos de este tipo se han ido multiplicando y, en conjunto, se alejan de la rigidez mecanicista, que exhibió en su inicio y en su desarrollo, la física “newtoniana”. Tal pareciera que estamos presenciando una aproximación científica (heterodoxa y audaz) a lo que ha sido pertinencia del mundo de la fe.

El esfuerzo es por demás fascinante pero observamos que, los proyectos en cuestión, son tan complejos como imaginativos, inacabados e imprecisos... A medida que se sumergen en el mundo subatómico o se desplazan con sus ecuaciones por los “túneles siderales”, escasean los hallazgos concretos y abundan las formulaciones hipotéticas.

Cada vez más oímos disertar sobre antimateria, evolución, física cuántica, “complejidad”, energía, eternidad, no-entropía... y las elaboraciones se elevan alzando un vuelo que rebasa sobradamente el horizonte de la astrofísica que por siglos conoció el mundo de las ciencias. Hay incluso quienes consideran que ha llegado el tiempo en el que prevalecerán las soluciones matemáticas y sopla con fuerza la brisa de una esperanza en nuevas leyes físicas que estarían por ser descubiertas.

Creo que todo esto es una forma postmoderna y elegante de aceptar que: la realidad dentro y fuera de nosotros, desborda lo meramente sensorial, objetivo, racional o instrumental.

Así pues, la mayoría de los trabajos de investigación sobre el hombre y el universo no se están quedando en la inmediatez de sus resultados. Percibo que las interpretaciones de esos resultados levantan interrogantes de carácter trascendente que tienen que ver con el origen, el sentido, el valor, el significado y el destino de las unidades de conocimiento que se van alcanzando.

Ahora bien, en vista de que la mayoría de los autores tienen una cierta vocación naturalista y suscriben la sentencia de Carl Sagan: *“Yo no quiero creer. Lo que yo quiero es conocer.”*, sería muy importante que precisaran si respetarán la frontera que hasta hace poco parecía existir entre la física y la “meta-física”.

Con lo antedicho, quiero referirme a un asunto delicado. Es menester que los hombres de “ciencia” de nuestro tiempo, estén dispuestos a colgar, a la entrada de sus sitios de trabajo, sus inclinaciones filosóficas y sus preferencias existenciales. Con el despliegue de los hipotéticos planteamientos cuánticos, es muy factible que tengan que acariciar más preguntas que respuestas y también podría suceder que, en sabia humildad, tengan que conjugar muchas veces los verbos en tiempo condicional. Quizás sea saludable que identifiquen cuáles son sus herramientas de trabajo y competencia, así como cuál será el método a aplicar en sus investigaciones. Pero, por sobre todo, les encendemos una luz amarilla para advertirles que se cuiden de no caer en pretensiones salvíficas que les hagan parecer nuevos “shamanes”.

En mi opinión, la ciencia y la fe están invitadas a compartir, de manera inteligente y respetuosa, sus diferentes percepciones acerca de la misma realidad que las ocupa, pero creo que resulta aconsejable que conserven sus perfiles definitorios. En advertencia del historiador francés Jean Delemeau: *“La ciencia ilumina un trecho del camino; pero no puede decir adónde lleva el camino. No es de su competencia afirmar que no lleva a ninguna parte”*. Si no es así, en cualquier momento y en cualquier lectura, podemos vernos envueltos por la niebla de una “dimensión desconocida” y no saber si estamos en un laboratorio, en un templo o en un ovni.

Mientras se suceden estos escarceos de alto nivel, el encuentro del hombre con el universo que le rodea sigue tocando el sentimiento religioso del ser humano y le hace adorar al Creador o idolatrar a la creación. Así ha sucedido desde tiempos inmemoriales y aún sigue aconteciendo ya empezado el presente milenio. De hecho, llama la atención que La Biblia, al tratar la autocracia característica de la rebelión humana, no se ocupe del ateísmo como opción del hombre sino de la idolatría.

La filosofía de moda en Occidente oferta, bajo la mesa y en nombre de un supuesto “post-modernismo”, proposiciones ancestrales con un nuevo lenguaje que sugiere el advenimiento de un nuevo tipo de espiritualidad. Se plantea así una suerte de encuentro con una complaciente deidad impersonal, una indefinida energía cósmica que genera todo, que está en todo y que ordena todo. Algo así como una corriente universal de inteligentes fotones esotéricos, ad-hoc para una “Nueva Era”.



Para nosotros los cristianos la creación es consecuente pero a la vez diferente del Creador. Así como la pieza de arte no es el artista, aunque nos hable de él, Dios es otro y no ha de confundirse con su obra creada.

En un lenguaje literario, casi sublime, la Biblia nos dice en el Libro de los Salmos, lo siguiente: ***“El cielo proclama la gloria de Dios, de su creación nos habla la bóveda celeste. Los días se cuentan entre sí, las noches hacen correr la voz. Aunque no se escuchan palabras... el tema va por toda la tierra y hasta el último rincón del mundo.”*** (Sal. 19: 1).

El mensaje es elocuente: Dios revela su existencia, su divinidad y su poder a los hombres, a través de la majestuosidad del universo creado. Espacio, tiempo, materia y energía, dan testimonio de El.

En palabras del Apóstol Pablo leemos: ***“Lo invisible de Dios se puede llegar a conocer si se reflexiona en lo que El ha hecho. En efecto, desde que el mundo fue creado, claramente se ha podido ver que El es Dios y que Su poder nunca tendrá fin.”*** (Rom. 1: 19,20).

La Palabra revelada nos está hablando pues de ver, de reflexionar y de la posibilidad de alcanzar cierto conocimiento de Dios, al establecer un desprejuiciado contacto con Su obra. La metodología pareciera ser sencilla y por demás, lógica: observar primero y luego analizar los resultados de ese encuentro.

Tal vez así, entremos en contacto con un testimonio inagotable, asombroso, infinito y eterno de la existencia de Dios, el Padre Celestial. Y digo tal vez porque, al fin y al cabo, la revelación de Dios es un proceso que, se inicia en Dios, pero que tiene en su otro extremo al hombre. De la actitud del hombre, dependerá si se da o no encuentro alguno y en caso afirmativo, el tipo de encuentro que se alcance.

Un elemento determinante en esta empresa es que el explorador debería observar la creación, el cosmos, sin aprensiones ni recelos apriorísticos y, seamos francos, tal exigencia de “asepsia”, nunca ha sido fácil de satisfacer. De hecho, cuando el hombre de ciencia formula una hipótesis, ya lo hace teniendo en su mente ciertas expectativas y ciertos supuestos que desea confirmar.

Es el ya mencionado Carl Sagan, quien burlescamente describe al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, como: ***“Un hombre de gran tamaño, de piel clara con una larga barba blanca, sentado en un trono en algún sitio allá arriba en el cielo, ocupado en llevar la cuenta de cada pajarillo que cae.”*** Tal juicio de valor, cargado de sarcasmo, se encuentra muy lejos de la academicidad que caracteriza al autor cuando trata otros temas. La opinión del astrofísico pareciera mas bien proceder de su observación de un lienzo medioeval y no del análisis hermenéutico de la Creación y de las Sagradas Escrituras donde Dios se revela a Sí mismo como: *El Logos Creador y Sustentador del Cosmos* que se encarnó en la persona de Jesús de Nazaret para recrear la humanidad y para restaurar la armonía universal.

En una ocasión, conmovido, Jesucristo alzó la voz y dijo: ***“Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos!”***. (Luc. 10: 21).

La exclamación del Señor no invocaba la ignorancia ni atacaba al conocimiento. Con tal exclamación pública, Jesucristo estaba destacando la importancia de la inocencia y de la humildad

que frecuentemente acompañan a **“los sencillos”**, a la vez que alertaba contra la autosuficiencia y la suspicacia que suelen acompañar a quienes se consideran **“sabios y entendidos”**.

El mismo Señor, en oración a Su Padre, se refirió a la importancia del conocimiento en ese indispensable encuentro salvífico Dios-hombre, diciendo: **“... Y la vida eterna consiste en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste.”** (Juan 17: 3). Para luego añadir, en cuanto a Su tarea reveladora: **“Oh, Padre justo, los que son del mundo no te conocen; pero Yo te conozco, y éstos (sus discípulos) también saben que Tu me enviaste. Les he dado a conocer quién eres, y aún seguiré haciéndolo, para que el amor que me tienes esté en ellos y para que yo mismo esté en ellos.”** (Juan 17: 25,26).

Justamente por ello, dada esa experiencia cognoscitiva y vivencial, el apóstol Juan escribiría años después: **“Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único, que es Dios y que vive en íntima comunión con El Padre, es quien nos lo ha dado a conocer.”** (Juan 1: 18).

El tema del conocimiento forma pues parte substancial del ejercicio de la fe en el Dios que ha llegado a nosotros de diversas maneras... **“En tiempos antiguos, Dios habló a nuestros antepasados muchas veces y de muchas maneras por medio de los profetas. Ahora, en estos tiempos últimos, nos ha hablado por Su Hijo, mediante el cual creó los mundos y al cual ha hecho heredero de todas las cosas.”** (1a. Juan 1: 1,2).

Ahora bien, quiero insistir, una vez mas, en el hecho de que: la tarea científica de encuentro del hombre con el universo, es también una empresa personal. Las construcciones que se elaboran en las mentes de los hombres **“sabios y entendidos”** no son necesariamente asépticas y objetivas. Su opinión también puede estar afectada por posiciones ideológicas adversas, por actitudes escépticas gratuitas y hasta por intereses existenciales en conflicto.

De sucederse así, el encuentro podrá resultar en una cosmovisión sin principio ni fin, sumida en el eterno cambio, carente de absolutos, huérfana de un sentido final y sin mayores implicaciones de carácter personal.

Por ello, debemos reconocer que la revelación de Dios en la creación está expuesta, en extremo, a la interpretación subjetiva de la mente humana y que guarda silencio sobre importantes categorías teológicas y antropológicas. Como bien ha sido dicho: **“Podemos ver a Dios en la naturaleza, pero la naturaleza de Dios, únicamente la vemos en Jesucristo.”**

La revelación de Dios en el cosmos es veraz, mas no es completa. Poco nos dice de la condición alienada del hombre, así como tampoco ofrece información sobre la acción salvífica de Dios en la historia ni de su proyecto redentor para restaurar la armonía universal. Más aún, como advirtiera el teólogo protestante Karl Barth: **“Tiende a ser una verdad detenida... En manos del hombre, lo que suele proceder de ella, es idolatría.”**

La llamada de atención barthiana hace eco de la afirmación bíblica en relación al problema: los hombres **“han honrado y adorado las cosas creadas por Dios y no a Dios mismo que las creó y que merece alabanza por siempre.”** (Rom 1: 25).

Lo que ha acontecido es que, por la necedad de su corazón, **“el dios de este siglo les ha hecho ciegos de entendimiento”**, de tal manera que su mente se ha quedado espiritualmente a oscuras y su búsqueda continúa interminable y a tientas. El relativismo, ese atractivo “liberador de

absolutos”, ha arrojado al hombre con sus mil caminos y le ha dejado cual globo gitano que vaga de acuerdo al viento que sopla y de acuerdo a la estación de turno.

En su misticiencia, el hombre moderno puede arrodillarse ante el universo que se esconde en el átomo, puede embriagarse con un viaje por las cuerdas cuánticas o, si lo prefiere, puede invocar a los astros y entregarse a los oráculos zodiacales. En realidad, no habrá mucha diferencia. Su encuentro personal con el Dios Creador y Padre Celestial, no se habrá dado.

Con mucha frecuencia, la actividad científico-cultural del hombre ha hecho una lectura distorsionada del mensaje revelado en la creación y este fenómeno lo encontramos, cual constante, en todas las grandes civilizaciones así como en los siglos de creatividad que se destacan en la historia universal.

La condición de pecado del hombre no le permite sintonizar con precisión el dial de Dios. Hay mucha interferencia y ruido en la comunicación. La señal termina siendo deformada. Si ha de establecerse el auténtico encuentro, hace falta que Dios intervenga, una vez más, en el proceso.

La escritura Bíblica afirma que, para que la revelación de Dios alcance correctamente al hombre, el Espíritu Santo debe iluminar su mente, cambiar su manera de percibir la realidad y promover el discernimiento espiritual de la misma.

A esta verdad se refería el salmista cuando, en relación a la palabra revelada a patriarcas, reyes, jueces y profetas, pedía al Señor: ***“La explicación de tus palabras ilumina, instruye a la gente sencilla.”*** (Salmo 119: 130).

Y es que, lo afirmado anteriormente no solamente es válido para establecer contacto con un Dios personal en el cosmos, sino para conocerle mejor por Su Palabra escrita y aún, para identificarle ***“habitando a plenitud”*** en la persona de Jesucristo (Col. 1: 19). La puerta aquí se estrecha y el camino se hace angosto pues, aparte de la revelación bíblica, no hay conocimiento de Jesucristo y, sin el conocimiento de Jesucristo, no es posible conocer a Dios.

En palabras del Señor recordamos su excluyente y escandalosa afirmación: ***“Yo soy el camino, la verdad y la vida, solamente por Mi se puede llegar al Padre.”*** (Juan 14: 6). Conflicto con el relativismo contemporáneo?. Si... y frontal.

Por eso, el Apóstol Pablo escribió a los griegos cómo ***“El mismo Dios que mandó que la luz brotara de la oscuridad, es el que ha hecho brotar Su luz en nuestro corazón para que por medio de ella, podamos conocer la gloria de Dios que brilla en la faz de Jesucristo.”***

El asunto del encuentro, no dependerá pues de la genialidad de una ecuación ni de las imágenes o sonidos que nos reporte una sonda espacial. Solo a través del Jesús histórico que nos llega en La Biblia es posible establecer un encuentro veraz, personal y salvador con el Dios creador del universo entero.

A. Víctor Cuadra E.

a.victorcuadra.e@gmail.com 058 – 0241 – 8230055 – 8573716.